



Por Paulino S. Tejada, MD

La Ceguera Espiritual

A muchas personas se les hace difícil dar gracias a Dios, primero, porque no creen que Dios exista, como es el caso de aquellos que se hacen llamar así mismos ateos o agnósticos. En segundo lugar, están aquellos que están deslumbrados por las cosas que el mundo les ofrece y donde se les rinde honor a otros dioses como son el dinero, los placeres carnales, y las posesiones materiales.

Dios es el creador del universo; la tierra, el ser humano y todo lo que existe. De él viene todo lo bueno y puro que poseemos, el Señor es la fuente de vida, alegría y gracia. Pero hay algo que no nos permite ver al Dios que nos creó, y nos colmó con su gracia. La incapacidad de ver y percibir a Dios, nos convierte en ciegos espirituales.

El evangelio de San Juan (9, 1-3) nos relata: “Al pasar, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿Quién ha pecado para que esté ciego: él o sus padres? Jesús respondió: no es por haber pecado él o sus padres, sino para que unas obras de Dios se hagan en él, y en forma clarísima.”

Frecuentemente sentimos pena por aquellos que son ciegos desde su nacimiento. Pero es un hecho que el ciego de nacimiento se acostumbra a vivir con su ceguera, pues la única realidad que conoce es su oscuridad. Muy diferente es aquel ciego que nació viendo la luz, y sufre inmensamente su ceguera, pues compara la tristeza de su oscuridad con la alegría de la luz que un día conoció.

Muchos hemos nacido y nos hemos criado como ciegos espirituales, donde en nuestros hogares la única realidad que conocemos es la oscuridad del pecado, alejados de la luz de Cristo. Hogares en donde reina la violencia, drogas, prostitución, crimen, falta de amor, son a veces la única realidad que conocemos, percibimos y aprendemos a vivir en esa realidad oscura y triste.

Otros no han nacidos ciegos, pero les gusta vivir pretendiendo no ver a Jesús pasar por su lado. Hasta esas personas que hacen el mal, son conscientes de que si se acercan a Cristo, él los sacará de su oscuridad. Pero salir de la oscuridad implica renunciar a esas cosas que los mantienen atados y que ellos consideran más valiosas que la presencia de Dios. No son ciegos, pero elijen mantenerse en la oscuridad. Este tipo de ceguera es más peligrosa, pues no son ignorantes de que Jesús puede sanar y transformar sus vidas.

Jesús les deja saber a sus Apóstoles que no es culpa de aquellos que nacen ciegos física o espiritualmente, pero también les deja saber que ellos son llamados a ser transformados por la obra de Dios para que a través de su testimonio sean testigos de la luz que Cristo les da.

El Evangelio de San Juan 9, 6-7 también nos relata: “Dicho esto, hizo un poco de lodo con tierra y saliva, untó con el los ojos del ciego y le dijo: Vete y lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir el Enviado). El ciego fue, se lavó, y cuando volvió, veía claramente. “Eso es lo que pasa cuando llega Cristo a nuestra vida, y con la luz del Espíritu Santo abre nuestros ojos, nos permite ver las maravillas de Dios, y nos permite abrir nuestros labios para alabarle y glorificarle.

Nos relata el Libro de los Hechos (9, 3-4.8-9) acerca de Pablo: “Mientras iba camino de Damasco, le envolvió de repente una luz que venía del cielo. Y Saulo, al levantarse del suelo, no veía nada por más que abría los ojos.” No esperemos a caer en la oscuridad para valorar la luz que Dios nos da de forma gratuita. Abramos nuestros Corazones y ojos espirituales a nuestro creador, enamórémonos de la presencia santificadora de nuestro Señor Jesucristo, y caminemos en la presencia del Espíritu Santo, para que disfrutemos por siempre de la luz eterna del amor de Dios.